

# EL ILLUMINADO DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Noviembre 12 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 15.

## LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

SANTA MARTA

**F**RAN las nueve y media de la mañana. En la puerta del Hotel de la Paz, el Ministro Residente de Austria-Hungria y su secretario Herman Müller subían á un elegante cupé de alquiler, debiéndose esta última circunstancia á que S. E. aún no habia recibido los diversos carruages que esperaba de Europa, segun confidencias hechas á la señorita Pancha Ovalle.

—Villa-Valdenegros, dijo el Baron Romberg al cochero.

—La capilla nueva de Barracas, repuso Herman Müller, para complementar la direccion dada por su ilustre jefe.

Hizo el cochero un signo de inteligencia; cerró la portezuela; saludó con aire muy espresivo, como indicando conocer que conducia á César y á su fortuna en el cupé; subió con gravedad al pescante; echó el cuerpo para atrás; estiró las piernas; hizo sonar el látigo sobre la cabeza de los caballos, y ya estuvo la Legacion Austriaca en marcha hácia la Villa-Valdenegros, para asistir á la consagracion de Santa Marta, que comenzaba á las diez y debia ser seguida de un almuerzo en la morada campestre contigua á la capilla.

Mediados de Setiembre. Sol radiante; brisa fresca y pura.— Cuando el cupé deja atrás las calles estrechas de la ciudad, empiezan á aparecer á la derecha mano hermosas quintas, cuya vejetacion sonrie y se colora, estremecida, al anuncio de la primavera, con sus caricias fecundas,—y se desenvuelve á la izquierda, en ondas azuladas, infinitas, la movediza estera del Plata.... Es el espectáculo del rio lo que atrae exclusivamente las miradas del Baron Romberg. Ama él los mares y las grandes arterias fluviales, del punto de vista comercial y estratégico, necesario para la grandeza de las naciones modernas.... Como hasta entónces los golpes y el estrépito del escabroso empedrado han hecho imposible la conversacion, el blando y poco rumoroso movimiento de la via enarenada invita ahora á interrumpir el silencio.

—Hé ahí lo que necesita el Imperio!—exclamó S. E.—apuntando con el lente al Rio;—no me canso de repetirle al Conde Andrassy que no debe vacilar nuestra política para tratar de obtener á toda costa nuevos puertos en el Adriático, y aun en el Mediterráneo...

Herman Müller se sonrie y deja hablar solo al señor Baron Romberg.—Obedece á la ley de todos los secretarios de carrera; odia y hostiliza al Ministro.

Otros muchos vehiculos siguen aquel mismo camino, y con igual objeto.—El cupé de la Legacion Austriaca pasa á unos y

es pasado por otros.—Entre los primeros figura la calesa donde van la Sta. Ovalle, su mamá y don Alejo Nuñez.

—Cambio de saludos cariñosos y efusivos. Entre los segundos, cuéntase la victoria de Rodolfo De Siani. Ceremoniosas inclinaciones de cabeza.

Ha vuelto á reinar el silencio.—Tócale á Herman interrumpirlo.

—Supongo que el señor Baron tendrá conocimiento de una publicacion que ha hecho á su respecto, aunque en términos disimulados, el periódico...

—Un periódico infame! se apresuró á decir el Baron. Mi buena amiga la señorita Ovalle creyó de su deber hacerme conocer ese libelo... Yo lo agradezco, no porque me preocupe de esas cosas en sí mismas, sino porque tan insolente demasia cometida contra el representante diplomático de una nacion amiga confirma mis antiguas y arraigadas convicciones sobre la libertad de la prensa... Para mi, el populacho, la prensa libre y la guillotina son tres cosas perfectamente idénticas... Antes de que la guillotina cortase el cuello augusto de nuestra Archiduquesa Maria Antonieta, la habia odiado el populacho é insultado la prensa... *Voi-là!* Hemos discutido largamente con el Baron Beust, sobre esta materia, y no ha podido nunca atraerme á su sistema de liberalismo imprudente... Mi filosofia es esta: la prensa es una fuerza; todos reconocen que lo es;—y bien, toda fuerza debe estar exclusivamente en manos del Estado;—para que este la confie á las clases conservadoras, escluyendo de ella á la canalla... Tales son mis ideas, y por esto, el Conde Taaffe me hace siempre el honor de llamarme un hombre del antiguo régimen...

Herman Müller se fastidiaba soberanamente de las disertaciones de su jefe, y con mayor razon de la que estaba oyendo, pues le parecia calculada para distraer la conversacion de su primer objetivo.

—Entretanto, dijo, con espresion contristada, el libelo ha hecho fortuna, señor Baron, y, no obstante las agitaciones políticas de estos dias, toda la ciudad se ocupa de comentar el desgraciado incidente que ha surjido entre V. E. y la familia del señor Valdenegros....

—Desgraciado nó, replicó enérgicamente S. E.; en manera alguna desgraciado.—No puedo admitir un calificativo tan impropio!

Guardó Herman Müller respetuoso silencio.—El Baron Romberg, con la vista baja, se retorció durante algunos instantes los bigotes, y luego prosiguió:

—Estas sociedades atrasadas, un tanto primitivas.... aunque muy dignas de estudio y de atencion benévola,—atribuyen exagerada y falsa importancia á ciertos hechos de un orden elevado, que no están ellas todavia en situacion de comprender y de apreciar como elementos de la honorable constitucion de la familia.—Primitivamente, en los tiempos salvajes, el hombre se dirigia al jefe de la tribu para comprar una mujer, como si la mujer fuese un vil objeto de comercio. (Se descubria una noble indignacion en el acento del Baron Romberg, cuando pronunciaba esas palabras). Ahora, en nuestra alta civilizacion europea y cristiana... la mujer entra al hogar del hombre, con la plenitud de sus derechos, con toda dignidad, afianzando por sus propios medios el decoro de

matrimonio y el porvenir de la raza que contribuirá á fundar...

Una sonrisa escéptica de Herman Müller acogió esa monumental paradoja del Barón Rómberg, que, sin embargo, continuó:

—He procedido correctamente, como un caballero leal, que conoce sus deberes, y mide sus responsabilidades. Puedo decir que he ido caballerescamente mucho más allá de mis deberes... Después de las revelaciones que espontáneamente me hizo el señor Valdenegros sobre el origen de la señorita Marta, estaba perfectamente autorizado á considerar nulo,—*non avenu*, el pedido de la mano de la señorita.....

—Eso habría sido cruel de parte de S. E.!—esclamó Herman, con sorna muy disimulada.

—Sí, repuso el Barón,—lo reconozco!—tengo un corazón sumamente sensible, y me habría sido doloroso, altamente doloroso, llenar de amargura el hogar de una familia distinguida del país donde me encuentro acreditado.—Mantuve, pues, mi palabra, exigiendo en cambio condiciones de fácil ejecución, y sumamente honorables para la misma familia Valdenegros... Sé que en esas exigencias ha llamado la atención el punto de la dote... Psss! Algo elemental, y doblemente necesario en el caso especialísimo de la señorita Marta... Yo debía reputar mi casamiento protegido por los fueros de mi exterritorialidad, pero llevé mi delicadeza hasta el punto de querer respetar estrictamente las leyes del país. Consulté, pues, á uno de los primeros abogados de esta ciudad, el cual aseguró, y me demostró, que la constitución de una dote no es en manera alguna opuesta ni al espíritu ni á la letra de las leyes argentinas... Todo ha sido, pues, hidalgo, correcto, legal... Por lo demás, casi no vale la pena de hablar de este asunto... Es un asunto que debe considerarse concluido... Tal vez en el primer momento, la familia haya sido sorprendida por una emoción... no diré precisamente desagradable, pero sí... pero sí... extraña... Sobre todo, puede la emoción haber dominado á ese excelente anciano, que, según me lo ha explicado mi buena amiga la señorita O valle, aunque muy respetado, muy querido en el país, no ha tenido la fortuna de acompañar, como otros, el movimiento... ondulante... progresivo, de esta sociabilidad en formación hacia la distinción y la refinada cultura de las costumbres europeas... Pero todo eso ha pasado... La señorita Marta ha insinuado, en términos excesivamente honrosos para mí, que cuenta con mi presencia en la consagración de *Santa Marta*, y el señor Valdenegros me ha anunciado que, terminada esta fiesta religiosa, arreglaremos el asunto pendiente... Oh! sí, lo arreglaremos! Encontrará en mí un perfecto caballero... Pocas palabras bastarán para ponernos de acuerdo... Será probablemente hoy mismo... No pienso retardar mi enlace... Afortunadamente, el cable eléctrico me permitirá prevenir instantáneamente á mi familia la realización de un casamiento que colma los votos de mi corazón...

El tema estaba ya agotado, y tampoco hubieran podido proseguir la conversación, pues el cupé se detenía en la verja de la *Villa-Valdenegros*.

Un lacayo, vestido de librea azul, indicó al cochero la portada por donde debía entrar con su carruaje, y más adelante otro lacayo, igualmente vestido, señaló el sitio donde debía detenerlo, para hacer bajar á sus dueños, y continuar camino hasta estacionarse en una larga y espaciosa calle rodeada de eucaliptus, que ya daba albergue á otros muchos carruajes.

Era la casa de la *Villa-Valdenegros* un inmenso edificio, en el cual aparecían agrupados y como hacinados con abigarrada fantasía, compartimentos de antigua arquitectura colonial, con miradores que semejaban oscuros minaretes, con corredores oprimidos y sombríos como claustros, con grandes patios de aspecto morisco,—y secciones modernas, graciosas y ligeras, con la majestad de las altas columnatas y el lujo y la profusión de los mármoles de variados y caprichosos colores.—Poco preocu-

pada de la belleza arquitectónica, había querido la familia tener así reunidos los graves y amados recuerdos de una vieja propiedad hereditaria, y las comodidades y encantos que proporciona en nuestro tiempo un arte más ilustrado y discreto de aprovechar los favores de la fortuna.—Rodeaba el edificio un vasto jardín donde se hallaba acumulado, en árboles y plantas, en fuentes, grutas y glorietas, en invernáculos y pequeños lagos, en estatuas, bancos y mesetas, todo lo que puede suministrar el dinero empleado, si nó con infalible buen gusto, siempre sin tasa ni medida.—Más allá del jardín, al fondo y á los costados, dilatábase la quinta con proporciones de granja, y las grandes arboledas trazaban en aquel contorno impenetrables horizontes de verdura.

Tenia la fiesta cierto aspecto familiar. Don Francisco y Doña Emilia recibían en el jardín, cerca de una de las galerías de la casa, y los invitados paseaban en diversos grupos por aquí y por allá, esperando la hora de la ceremonia, que no tardaría en sonar.—El señor Arzobispo y otros miembros conspicuos del clero argentino estaban ya en la capilla, preparando las sagradas vestiduras. Los acompañaba el célebre Padre Jordan, que debía predicar, después de terminado el acto.

Algo seria fué la acogida que hizo el señor Valdenegros al Barón Rómberg, pero este no pudo percibirlo bien, porque doña Emilia se apresuró á mirarlo con amabilidades esquisitas. En todo caso, ya se sabe que «el excelente anciano no había podido acompañar el movimiento ondulante y progresivo de la sociabilidad argentina, hacia la distinción y la refinada cultura de las costumbres europeas!»

No lejos de allí, contemplando el juego de aguas de una fuente rústica, estaban en un grupo Orfilia Sanchez, Marta Valdenegros, el Dr. Nugués y algunas otras personas.—Sostenía el joven facultativo que en materia de juegos de aguas, solo las duchas higiénicas ó curativas atestiguan un poco de sentido común, así como únicamente el capital empleado en flores tintóreas ó medicinales salva el honor de la humanidad en medio de los caudales que devora el inútil cultivo de las flores de adorno... Habíase alejado del grupo el Dr. Arismendi, grave y ceñudo, por no oír las excentricidades de su adversario político;—pero Orfilia vengaba á su marido satirizando con severidad el escepticismo del Dr. Nugués.

—Lo que sorprende, decía ella en conclusion, es que usted no sea tan escrupuloso y desdeñoso en materia de *juegos parlamentarios*, ó de *flores retóricas*!

De esta manera, el diálogo cobraba vivacidad, con sabroso placer de los oyentes; pero Marta poco participaba de la impresión general.—Mostrábase inquieta y anhelante, mirando con atención á todos los recién venidos... Cuando divisó al Barón Rómberg, se estremeció de júbilo... Jamás se la había visto más hermosa!... Estaban sus mejillas más pálidas que de ordinario; brotaba sangre de sus labios, acaso porque se los mordía con frecuencia, y cuando no, una sonrisa nerviosa dejaba descubierto el precioso alabastro de sus dientes; se abrían, se entornaban y se cerraban sus párpados con movilidad instintivamente dramática... Vestía un traje de raso negro con encajes del mismo color, muy ajustado, luciendo toda la esbeltez adaptable á las récias pero voluptuosas formas de su cuerpo; y en su cabeza erguida, un sombrero con grandes y relucientes plumas negras parecía coronar en ella la figura evocada por el verso escultural de Alfredo de Musset:

UNE JEUNE GUERRIÈRE AVEC UN CASQUE NOIR!

Después de un rato de conversación, el Barón Rómberg preguntó por la señorita Marta á doña Emilia.—Esta hizo ademán de llamarla, pero el Barón, siempre galante, protestó contra tal subversión de las reglas de la etiqueta, y encaminó sus pasos al grupo donde se agitaba *el casco negro de la joven guerrera*. Saludó en general el Austriaco á las personas del grupo, y solo tendió su mano á Marta, que le correspondió con la suya, y una

cortesía exagerada.—Todas las miradas, en los diferentes grupos que recorrían el jardín, se volvieron inmediatamente hacia aquella pareja, cuyo melindroso estado de relaciones amorosas era, de días atrás, objeto de generales y picantes comentarios.—Nada fué posible percibir. Se conducía el Barón con un perfecto disimulo, y la estraña nerviosidad de Marta se prestaba á diversas y contradictorias interpretaciones.

La intervencion de un ministro diplomático habia hecho degenerar la conversacion en inofensiva y trivial. Se habló de que predicaría el Padre Jordan.

—Es la *great attraction* del día, dijo el doctor Nugués.

—Sin contar las sorpresas, replicó Marta con un gesto irónico.

Nadie comprendió precisamente el significado de esas palabras. Solo el Barón Romberg creyó ver confirmado algo de lo que venia conversando en el cupé con su secretario Herman Müller.

Habia tomado el jardín una fisonomía animadísima.—Llegaban los últimos carruajes, y en uno de ellos Pancha Ovalle, que acudió apresurada á sellar con besos ruidosos en las mejillas de Marta el perdón magnánimo de pasajeros agravios.—Resplandecía el sol; cantaban los pájaros, mezclando gritos jubilosos al incesante murmullo de las fuentes, al susurro de las sedas, al crujir de los pasos, al rumor de las palabras y las risas en el vaiven de las conversaciones ligeras.... Movíanse todos de un lado para otro, y se esperaba con impaciencia la hora de la ceremonia religiosa que debia preceder al almuerzo.... Llegó bien pronto esa hora.—Dió la señal don Francisco, y numerosos criados la transmitieron á los sendos grupos.... Pusieronse todos en marcha hacia la capilla.... Marta aceptó el brazo del Barón Romberg.... Iba sonriente, mirando de reojo á su compañero, que apuraba las pedantescas curiosidades de su lente en todas las direcciones del trayecto....

Estaba la capilla edificada á corta distancia del jardín, sobre una suave eminencia del terreno.—Un átrio espacioso, embalsamado de mármol, á cuadros blanco-azules, se extendía al frente, y se prolongaba en forma de andén rectangular alrededor de todo el edificio. Algunas gradas de mármol conducían al umbral de la magestuosa puerta de entrada, terminada en ojiva y coronada de innumerables molduras, con delicadezas de encajes. Agudas torrecillas surgían á los costados, escalonando su elevación hacia el centro, hasta llegar al triángulo atrevido que remataba excelsamente la fachada.—Era aquel un ensayo no muy churigueresco de arquitectura gótica, cuya belleza hubiera necesitado complementarse con el tinte sombrío y solemne de las catedrales antiguas.—Encuadrado en un bosque de lozanas y elevadas acacias, circundado de plantas florecientes, parecia usurpar la fisonomía risueña de un templo pagano al abrigo de la selva lujuriosa....

Entró á la capilla el distinguido cortejo, yendo el señor Valdenegros y su esposa á la cabeza. En los alrededores del átrio, la servidumbre de la quinta y las gentes sencillas de las cercanías contemplaban el espectáculo con recojimiento candoroso.—Un murmullo de aprobacion, y sonrisas y saludos de felicitaciones á don Francisco y doña Emilia, recorrieron el cortejo, luego que estuvo en el interior de la Iglesia y abarcó su conjunto con ávidas miradas.—Bello y lujoso era en efecto el interior de *Santa Marta*!—Las líneas ojivales perseveraban en la estension de la bóveda, tallada y festonada, pintada al óleo con colores grises donde resaltaba la profusion de los toques dorados.—Al fondo terminaba el edificio con una amplísima rotunda, cuya cúpula, pintada de celeste y tachonada de estrellas, parecia correr sobre los altares allí alzados un pedazo del toldo de los cielos.—Con los destellos del prisma, penetraba la luz al través de rosas y de ojivas, cuyos cristales menudos, artísticamente agrupados, representaban escenas culminantes del Antiguo y Nuevo Testamento. Estaban los muros literalmente cubiertos con cuadros y reliquias de la familia acababa de adquirir en Europa á precios fabulo-

sos, y ricos tapices dejaban ver aqui y allá el piso estucado con fragmentos de colores vivaces como los de un pavimento arábigo. Una balaustrada de mármol blanco, al medio abierta, marcaba el limite del recinto destinado á los fieles. Tres escalones del mismo mármol conducían al piso de la rotunda, en cuyo centro se levantaba el altar mayor, aislado y gracioso, de un mármol todavia más nítido, símbolo de pureza espiritual, terminando en un templete de formas esbeltas, bajo cuya bóveda, clavado en una cruz de ébano, aparecía el lacerado cuerpo de Jesús.... A la derecha y á la izquierda de la rotunda, sobre altares más modestos, descansaban las imágenes de la Virgen y de San José, cuyo lujo y mérito excedían todo lo hasta entonces conocido en la *high life* portañesa del culto católico... Admiraban los circunstantes todo ese conjunto, todos esos detalles, y todavia se extasiaban en los primorosos tallados de la caoba oscura del púlpito, en el exterior del coro, en el frontispicio del órgano, en la variada elegancia del mobiliario esparcido por la nave... Tenia mucho de profana, y poco de religiosa, aquella admiracion que se traducía en exclamaciones ruidosas y movimientos vivos;—pero ni pecado venial podia encontrar en ella el criterio más rigurosamente ascético, pues *Santa Marta* era todavia un salon; no estaba consagrada!

Va á empezar ahora la ceremonia de la consagracion.

De un lado de la rotunda sale el Arzobispo, seguido de varios sacerdotes, y otros varios del opuesto lado, todos en la más brillante florescencia de sus ornamentosas vestiduras, y acompañados de numerosos acólitos. La concurrencia se pone de rodillas, y la curiosidad cambia naturalmente de objeto.—Mediante los ritos de estilo, se bendice el agua y la sal, y luego el Arzobispo, con el hisopo en la mano, á la cabeza de su sacerdotal falange, descende los escalones que conducen al recinto de los fieles, divididos en dos alas para darle paso, y sale en seguida de la Iglesia, por la gran portada, acompañándolo todos en forma de procesion... El barón Romberg marcha al lado de Marta, que lo mira siempre de reojo.

Ciérrese entonces la puerta de la capilla. Camina la procesion por el andén del contorno, y el Arzobispo rocía con agua bendita el arranque de los altos muros, pronunciando las palabras rituales, mientras entona su séquito los salmos del momento.—Están de nuevo en el átrio, junto á la portada, y el Arzobispo golpea las puertas al extremo inferior de su báculo, diciendo con voz sonora: *Atollite portas principes vestras*; pero nadie abre, y la procesion vuelve á recorrer su camino, rociándose ahora los muros al nivel de la cintura de un hombre, en medio de las mismas fórmulas y de los mismos cantos... Y están de nuevo en el átrio, junto á la portada, y el Arzobispo da un segundo golpe con su báculo:—*atollite portas!*—pero nadie abre, y la procesion emprende una vez más el camino, rociándose entonces los muros á la mayor altura que puede alcanzar el hisopo, en medio de las mismas fórmulas y de los mismos cantos.—Y están de nuevo en el átrio, junto á la portada, y el Arzobispo da el tercer golpe en las puertas; *atollite portas principes vestras!*—Y las puertas se abren, y el cuerpo sacerdotal penetra en la capilla, diciendo el Arzobispo: *Pax huic domui!*—mientras los fieles permanecen fuera, aguardando la celebracion de ciertos ritos para poder pisar en el ya consagrado recinto....

Con el alejamiento de los sacerdotes, hay un momento de expansion para los invitados. Parecen todos sacudirse el peso de la monótona ceremonia.—Se mueven, se animan, y conversan con placer ingenuo.—La servidumbre de la quinta y las gentes sencillas de las cercanías, con nuevo contingente de curiosos, siguen observando todo en actitud de candorosa reverencia.

El doctor Nugués se ha acercado á Orfilia Sanchez, para librar una pequeña batalla de dialéctica:

—Me tienen escandalizada sus bostezos, dícele ella.

—Somos así los grandes hombres, replica el escéptico;—Napoleon I bostezó incesantemente mientras el Papa lo consagraba Emperador en Nuestra Señora de Paris!

Abandonando un momento á Herman Müller, deslízase Pancha Ovalle hasta el puesto que ocupa Rodolfo Do Siani, para decirle misteriosamente:

- ¿Se ha fijado en Orfilia?
- Cómo no!—contesta el pálido y soberbio jóven.
- ¿No tenía yo razon para decir que está lindísima?
- Sublime!
- Es la reina de la fiesta.
- Se concibe un crimen!
- Bandido!

Apresúrome á decir que habia en el Baron Romberg más uncion religiosa que en Rodolfo.—Estaba sudoroso: se pasaba el pañuelo por la frente, y le decia á Marta con gravedad magistral:

- Una ceremonia muy tocante!
- El señor Baron, contestó Marta, debe ser inclinado al misticismo...
- Misticismo no;—tengo un alma delicada y soy un cristiano reverente.

La señorita Valdenegros saludó esas palabras con una risa sardónica.—Se estremeció el Austriaco; púsose pálido; contempló algunos instantes á Marta, que en vano quiso entonces fingir sonrisas amables, y tomó en su fisonomía y en su porte la espresion de un hombre que siente caer una venda de sus ojos y aparecer inesperados peligros... Algo de esta escena pudo percibir de léjos doña Emilia, y desde aquel momento, sensiblemente alarmada, procuró que Marta estuviese siempre al alcance de su vista.

Mientras tanto, resonaba en la capilla majestuosamente el órgano, y el Arzobispo, de pié en medio de la nave, entonaba el himno: *Veni Creator Spiritus!* acompañado de un hermoso coro.—Efectuáronse otros ritos, quedaron benditos los altares, y exornados para el divino sacrificio.—Avanzó el Arzobispo con su séquito hácia el altar mayor, y los fieles entraron para oír la primera misa que iba á decirse en *Santa Marta*... Dijose la misa; en el instante de la elevacion, se prosternaron todos, hasta el mismo doctor Nugués!...—pero Marta, habiéndose levantado de su silla para arrodillarse en seguida, quedó de pié, distraida, misteriosa y sombría,—temblándole las relucientes plumas del sombrero, por la ondulation nerviosa que agitaba su cabeza... Orfilia ia hizo volver en si misma, y cuando la misa hubo terminado, mientras el predicador oraba silenciosamente en el púlpito, sentándose al lado de la sobreexcitada jóven, díjole al oído:

- Por Dios! Marta;—te encuentro tan extraña!—tengo miedo! ¿Qué haces? ¿Qué piensas hacer?
- Nada temas, replicó rápidamente Marta; disimula; abuelitas nos está observando!

El sermon del Padre Jordan fué digno de su fama. Faltábanle tal vez, en relacion al acto, algunos rasgos de esquisita gracia literaria; mas, en cambio, cuánta elevacion de ideas!—qué solemnidad de acento y de espresion!—que accion tan digna!—Despues de explicar teológicamente el sentido de la consagracion de los templos, hizo una apología indirecta y sutil de los nobles ancianos que habian edificado á *Santa Marta*, interpretando al efecto el anatema que lanza el Evangelio á los ricos. —Se le oía con admirada atencion.—El mismo doctor Nugués descubria en aquel orador sagrado detalles dignos de imitarse en la peroracion final de los discursos parlamentarios,—y el agrado general subió hasta las vibraciones de la emocion cuando el Padre Jordan, al terminar su arenga, presentó veladamente á Marta bajo las formas de una nueva Rebecca, brindando el agua pura de la vida en la fuente de una noble raza, que sin ella, habriase visto condenada al silencioso panteon de las razas extintas... Pero Rebecca, poseida por el demonio de su agitacion interior, permanecia sorda á la inefable palabra de la santa cátedra, mirando de reojo la figura enjuta y ya mohina del Baron Romberg!

Terminó el sermou, y con él la fiesta religiosa. Don Francisco

y doña Emilia dieron la señal de la partida, atravesando por el centro de la nave, con semblante de grata conmocion.—Siguiéronlos todos los invitados, esparciéndose luego por los ámbitos del átrio, porque allí habia quedado doña Emilia, en medio de otras señoras, mientras don Francisco iba á la sacristia para rogar al Arzobispo y á los demás miembros del clero que concurriesen á la casa-habitacion y aceptasen asiento en una mesa especial, que les estaba espresamente destinada. Los unos se quejaban de cansancio; los otros ponderaban su apetito... Pocos eran los que podian reprimir involuntarios movimientos de impaciencia... Solo el doctor Nugués comentaba á su sabor ciertas alusiones personales del sermon... La servidumbre de la quinta, las gentes sencillas de las cercanias, y un creciente concurso de curiosos, contemplaban el final de la fiesta con su misma candorosa reverencia....

El Baron Romberg se habia escurrido en el tumulto, y Marta lo buscaba ávidamente... Tardó en descubrirlo... Vió que se acercaba á doña Emilia, y ella tambien se acercó... El Ministro Austriaco presentaba sus excusas á la señora Valdenegros; urgentes atenciones de la Legacion le impedian asistir al almuerzo... Marta se interpuso...

—Señor Baron Romberg!—esclamó con voz enérgica.

Fué imposible contenerla. En vano corrió Orfilia hácia ella, y trató de sujetarla. Marta avanzó un paso,—deteniendo á su amiga con el brazo izquierdo rigidamente estendido para atrás... Profundo estupor paralizaba á los demás.

—Señor Baron Romberg!—Una feliz indiscrecion me ha hecho conocer una carta suya, y descubrir al mismo tiempo el secreto de mi origen... Ah! Usted lo ha dicho! soy descendiente de uno de los Reyes de la Pampa!—Yo tambien tengo el orgullo de mi raza, señor Baron Romberg. Soy princesa! Y una princesa, princesa millonaria, no puede, sin desdoro, conceder su mano á un simple Baron... arruinado...

Ahogó su voz un acceso de risa histérica; y para no caer sobre el baldosado de mármol, tuvo Marta que echarse en brazos de Orfilia y de la señora Valdenegros.

Por su parte, el Baron Romberg, desde las primeras palabras de la jóven, se habia erguido con un ademán dignísimo, como un verdadero representante de Austria-Hungria, y miraba á todas partes solicitando un caballero que se hiciera responsable de aquel sangriento ultraje femenino... Con paso lento y semblante grave, se aproximó Rodolfo.

—Soy un Valdenegros! dijo.

—Gracias! contestó el Baron.

Y en medio del tumulto atónito, ambos se alejaron yendo á tomar su respectivo carruaje.

El doctor Nugués, entre tanto, acudia presuroso para brindar á Marta el tesoro de sus auxilios profesionales.

(Continuará.)

## UNA CARTA FILOSÓFICO-LITERARIA

Nuestro ilustrado compatriota don Eduardo Acevedo y Diaz, ausente hoy del país, ha dirigido á nuestro amigo el doctor Dufort y Alvarez la siguiente carta, motivada por la lectura de la tesis que este presentó para optar á su doctorado.

Como todo lo que Acevedo Diaz escribe, su carta es una joya literaria, que hemos creído oportuno insertar en «El Lunes», archivo mas duradero que el diario, cuya vida es efímera, y cuyos materiales no se releen como los que se publican en estos semanarios que generalmente se coleccionan.

Señor Dr. D. Anacleto Dufort y Alvarez.

Mi estimado amigo:

**P**ORTUNAMENTE recibí su bella tesis, presentada á la Universidad para optar al grado de doctor en jurisprudencia, y la cual versa sobre el tema de la prensa irresponsable.

Mucho agradezco á usted ese recuerdo, que es el vivo reflejo de



su clara inteligencia, y de sus puros sentimientos patrióticos. La tesis se recomienda por tales conceptos, por sus ideas expresadas con sincera convicción, por la sencillez y elocuencia de su lógica, y por el estilo claro y enérgico con que usted sabe desenvolver y acentuar el pensamiento, sin afectación y sin penoso esfuerzo.

Concibo así una obra del arte, sin recargo, pero con los adornos necesarios, de pórtico y columnas airozas, sencilla en su conjunto y en sus detalles, por cuyas ojivas penetran vivos rayos de luz, y cuyos lienzos murales permiten apreciar la solidez de los cimientos. No ha puesto usted estatuas de yeso en los pilares, ni muchos arabescos en el frontis, lo que abona en favor de la verdad somera y del pensamiento exacto que se imponen en su tesis, y que caracteriza la indole de su espíritu templado y reflexivo.

La misma elección del tema ha sido feliz, trayendo usted el contingente estimable de su criterio ilustrado a la defensa de ideas que eran utopías para la opinión que oía y respetaba a Girardin, y que han sido prácticas, positivas y benéficas en una república de América, sin que hasta el momento presente se hayan extendido lo bastante, como un homenaje merecido al progreso de la época.

Al felicitarle cordialmente por ese trabajo que señala el término de su vida de aulas, de que tantos han desertado contra su voluntad y su deseo, por adversa suerte,—ha de permitirme de a esta carta la extensión necesaria para transmitirle las impresiones que el tema me sugiere, y que de ningún modo estarán en pugna con sus ideas.

No entraré a apreciar las opiniones de si la prensa es o no un cuarto poder; pero sí a dar, ante todo, una idea de su alta misión, y de las faces que reviste. Lo primero, ha salido ya del terreno del debate; lo segundo, será oportuno siempre que se trate de su irresponsabilidad.

Hacinamiento de ideas formado por la defensa y el ataque, del que se desprenden resplandores, y opiniones triunfantes que no sobreviven, sin embargo, al esfuerzo personal de los tribunales; pensamientos que brillan entre combinaciones transitorias para perderse en el enjambre como polvo de luz artificial, y voces proféticas supeditadas al día siguiente por el clamor de las preocupaciones heridas; exigencias formuladas en momentos en que nadie puede ceder, y exaltaciones del entusiasmo cuando se discute friamente el problema de la vida; clarísimas visiones del talento que arrastra el sarcasmo y la persecución señalando rumbos nuevos al espíritu práctico del pueblo; y luchas ardientes cuyo resultado final entraña un movimiento retrógrado o progresista, y en las que la armadura suele caer a pedazos con las más firmes convicciones del ciudadano.

Es sabido que todo esto, y mucho más, se desprende de los anales de la prensa.

Bajo otro aspecto, verdades profundas o errores funestos; pureza en el fin y en los medios, o cinismo en la prédica; consagración de fórmulas intachables, y conjunción de intereses y propósitos en medio de la embriaguez del triunfo: que la prensa puede ser la montaña de cuya cima descienda a bañar los oscuros fondos un raudal de luz eléctrica, o el rápido que arrastre en su corriente las escorias del camino, o el volcán que mezcle su lodo hirviendo a las vertientes que regarán el llano,—tan imposible parece grabar en ella las ideas sin el sello de las pasiones, grandes o menguadas, como el emanciparse de las influencias imperantes y de los vehementes impulsos de corazón.

Sobre todo esto, cuántos fenómenos psicológicos de que no se percibe el criterio impaciente de las colectividades provocan por ley de asociación formación de ideas que han de servir a fines que no entran en el cálculo de los pensadores, al emitir las propias, apesar de la sinceridad de sus esfuerzos!

Tan real y positivo es que ciertas propagandas se proyectan a grandes distancias con todo el efecto de un choque por retroceso, sin que en su tiempo se abrieran caminos, y sin que sus mismos autores vislumbrasen el alcance de su poder moral.

Una doctrina, un pensamiento nace, no se sabe en qué cerebro: útil y fecundo al principio, cunde, se dilata, rueda como una ola brillante de ribera a ribera, se enseorea de los espíritus, da vida a un sistema, vigor a una combinación, a una voluntades, concilia opiniones, sufre

el análisis, se modifica, refleja otros brillos en la prensa, se convierte de teoría indefensa en arma de combate que lacera y hiere; y así como no queda rastro de su trayectoria en el espacio que guie al punto de partida y demuestre la razón de su existencia, a favor de circunstancias locales y de accidentes diversos, se desviste de sus galas primitivas, y pasa de idea radiante y serena que pudo ser timbre de gloria para su autor, a semillero de disputas y rencores que entrañen la condenación severa de su segundo o de su último apóstol.

En este orden de consideraciones podría irse lejos, dada la magnitud del tema, y mucho más aún si al reconocer en la prensa un poder incontrastable, se la aprecia del punto de vista de sus viriles esfuerzos para la causa de la libertad, en todas sus manifestaciones, el afianzamiento del derecho y la consagración de principios inviolables que hoy sirven de base a las naciones civilizadas. Bastaría recordar que allí donde ha sido conculcado un derecho, o desconocido el principio tutelar de la propiedad, del honor o de la vida, la prensa ha sido el recurso heróico, y el arma poderosa con que se han restablecido las condiciones iguales de la lucha, a la vez que el equilibrio de las fuerzas sociales, por el juego armónico de todos los derechos.

En nuestra historia, considerada bajo esa faz, hay también páginas luminosas, como hay ejemplos frecuentes de la degradación del pensamiento en homenaje a preocupaciones serviles, que se han reproducido en infinitas variedades; condición inherente a lo que obedece a la evolución del tiempo, que introduce nuevos elementos en la materia sobre que trabaja, sin alterar la esencia primitiva.

Digno es con todo de observar; que en ese perpetuo combate de las ideas solo han sobrevivido aquellas que traducían fórmulas de otros destinos superiores y que bastaban para constituir puntos de mira en la medición exacta de un arco de porvenir.

Desde Mariano Moreno, luz y nervio de su época, que utilizó la única pequeña imprenta, propiedad de los jesuitas, que existía en el vireynato, para difundir claras nociones económicas y políticas superiores a su tiempo;—hasta los publicistas que en la actualidad han ennoblecido el arte tipográfico, al igual de Franklin, y con sus actos y escritos coronado la obra nacional que Moreno dejó en problema;—y desde el escritor británico que derramó chispas de libre-examen en el primer periódico de sanas doctrinas políticas fundado en Sud-América,—honor que corresponde a Montevideo,—descubriendo los vicios orgánicos de la administración colonial al descarnar «el esqueleto del gigante»,—hasta los intérpretes de la opinión en nuestros días que pugnan por levantar las ideas sobre esas y otras herencias fatales: desde entonces en ambas riberas del Plata, estímese si fuere posible el cúmulo de esfuerzos, de abnegaciones y de sacrificios que la historia de la prensa revela!

En esta serie de elaboraciones intelectuales, que empieza con la formación y sigue en su crecimiento al «periodista americano» han de segregarse por espíritu de selección todas aquellas en que estén burladas de mano maestra las fisonomías de las épocas, en que sobresalen como relieves los grandes lineamientos del espíritu pensador señalando nuevos derroteros a la sociedad desquiciada, o seduce la lógica osada de los reformadores no siempre comprendida; y que por el hecho al esparcir gérmenes de evoluciones futuras, ha diluido sobre la materia grosera todas las sublimidades del pensamiento martirizado.

¿Es para una prensa así, que desea V. la irresponsabilidad?

Podría creerse fuera inofensivo. La prensa elevada y culta, bien lo sabe V., está por encima del nivel común, y fué a esa altura que colocaron su tribuna Hamilton, Madison y Jay, si hemos de citar modelos. Es desde su Sinai que se dicta la ley. Génesis de ideas que nunca cambian, porque no han sido fruto de una mente determinada, sino del espíritu trabajado de muchas generaciones, contiene en esencia a las leyes mismas, y éstas no pueden preceptuar penas o imponer límites al poder que genera «principios invencibles», sin desconocer su propia filiación y grandeza de origen.

Y si pasando por una transición natural de esa tribuna escelsa a otra no menos gloriosa en que se haga apostolado de esos principios, siempre proscritos! aplicáramos a sus propagandas la misma regla ¿no cree V. que seríamos lógicos al afirmar que a ellas no alcanza tampoco el

proyecto restrictivo, porque hasta el exceso cautiva, cuando el derecho se ejercita en las altas esferas del ideal patriótico?

Existe en cambio una prensa que no ha reflejado sino desordenadas pasiones, sacrificando siempre al interés del momento y a la ambición personal, la gran lógica de la verdad filosófica y política, prensa que está en pugna con los mismos principios que la han dado vida, cuyas piezas no pueden acumularse, y para lo cual se ha dictado propiamente la ley represiva. Con todo, V. extiende hasta ella el beneficio de la irresponsabilidad.

Esa prensa se retrata de cuerpo entero, por decirlo así, en un modelo o ejemplar típico, cuyo diseño disculpará esta digresión, que no carece de interés histórico.

En tiempos más sencillos, pero más ardientes, pues que eran de formación, en que las pasiones violentas pretendían erigirse en árbitros, y en que la prensa, ya retirado Moreno, solía sudar en demasía, estérilmente, —se perseguía con mayor severidad que ahora al periodista, o al que escribía, si hemos de creer que *le nom ne fait rien à la chose*.

Interesantes lustros aquellos, posteriores a los debates en cabildo abierto, incubadores de gacetas y de hojas impresas que volaban entre el vecindario agitado de semana en semana, lo mismo que aves-correos que traían noticias de otras tierras, con artículos políticos encabezados con versos de Horacio, y disertaciones nebulosas sobre la mejor forma de Gobierno; lustros interesantes en que todo se concilia o se compensa, refundiéndose afanes y aspiraciones en un solo impulso hacia el cambio, o rebelión contra la costumbre, de que eran factores activos los mismos adversarios en apariencia, del espíritu nuevo.

Por entonces, uno de los defensores ardientes del error hereditario en cuestiones de fe, y de lo que por accidente debiera en su concepto contribuir a perpetuarlo, sea en el dominio de la ciencia o en el de la política, —al propio tiempo que se sublevaba contra las formas y las exigencias que trae consigo un período de transición, se constituía él mismo en uno de sus campeones, rompiendo los lazos de la disciplina impuesta por el viejo sistema, y haciendo uso del pensamiento escrito como de un derecho absoluto.

El personaje singular de que hablo, educacionista primero, y luego escritor público, inquieto y apasionado, de un criterio multiforme, hasta el punto de emitir cuatro opiniones distintas en otros tantos periódicos, y muy digno de redactar EL TEOFILANTRÓPICO, —EL GAUCHI-POLÍTICO, —EL PARALIPOMENON—y DOÑA MARIA RETAZOS, —nombres propios de nuestra prensa fósil, —se permitió como tantas veces en LA VERDAD DESNUDA, que debió serlo en alto grado, —una violenta diatriba contra la Junta de Representantes. Ocurrió esto en 1822. Llevado ante un Jurado, fué condenado por abuso de libertad de imprenta a cuatro años de destierro en Patagones: primer veredicto, en mi concepto, de la larga serie que más tarde ha hecho objeto de consideraciones extremas, como usted lo ha dicho, a muchos que hubiesen tenido suficiente con la reprobación universal. La pena legal, evitó este verdadero castigo, al periodista, que eludió aquella, refugiándose en Montevideo: lo que en términos explícitos quiere decir que no recibió ninguna, y que por el contrario creció en reputación ante propios y extraños.

Sabe usted que me refiero a Francisco de Paula Castañeda, escritor inteligente y osado como pocos, de la conventualidad Franciscana, que tanto se mojó de Artigas como de Rivadavia, autor de *teruleques* y *anchopitecos* que quemaban, según Gutiérrez, lo mismo que las alas del «bicho moro» en los malos años para las señoras, y poetaastro nada común en materia de epigramas, que llegó a lograr sus designios recogiendo acá y acullá pacientemente los materiales de la imprenta que había pertenecido al General don José Miguel Carrera.

Al recordar a este escritor, entidad singular del periodismo de otros tiempos, dominado por la posteromanía, he querido poner de relieve uno de los fundadores espectables de la escuela personal en la prensa, cuyo sistema han adoptado más tarde; unos por propensión imitativa, y otros por similitud de educación y de carácter; condenando el noble objeto de la prédica a un rol menzulado y depresivo.

Curioso desenvolvimiento el de ese embrión de familia de sátiros, y rara genealogía de la prensa licenciosa, que arranca de un fraile duro e indomable!

Lícito es pensar, pues, como ya lo expresé, que se haya legislado para una prensa de tales condiciones, y que adquirió mayor amplitud con el tiempo, sin que esto importe decir que de ella deriven precisamente extravíos posteriores, a que con ejemplo o sin él se siente inclinado el espíritu de facción; aún cuando necesario es reconocer que los precedentes históricos en algo han contribuido, porque no se borran sin cambios radicales las huellas que los malos hábitos dejan en el organismo social.

Tratándose especialmente de aquel género de propaganda que se inició con artículos de viñetas historiadadas, desfigurando los hombres y las cosas, y que se ha reproducido en todos los tiempos, —usted cree que dada la definición del delito que le sirve de premisa, la ley no debe penar; porque, valiéndome de la propia frase de un criminalista por usted citado, esa definición señala de una manera precisa la esfera en que debe ejercerse la represión pública o el imperio de la penalidad, y de la que debe ser abandonada a la responsabilidad individual bajo el solo control de la opinión, bajo la sola protección de las costumbres.

Nunca dejaría de ser oportuno, desde luego, entrar a averiguar con qué fuerzas eficientes cuenta la opinión, o el grado de moralidad pública, para hacer nula por completo la táctica temible contra el honor privado, —verdadera reversion parcial de los instintos de la descendencia hacia las épocas de Castañeda.

La República de Colombia incorporó a su constitución política el principio de la irresponsabilidad cuando en rigor creyeron sus legisladores que la acción pública podía ser sustituida eficazmente por el buen sentido popular vigorizado por una clara noción de lo justo. La costumbre precedió allí a la ley.

Por eso, al referirse a ella, un publicista granadino ha dicho: La marcha de la civilización tiende a sacar de manos del gobierno, de la ley, para restituirlo a la libertad y sus medios de moralización, todo aquello que admite la emancipación sin graves inconvenientes.

Si hubiésemos de aceptar como verdad la creencia común de que la generalidad no discierne mucho, colocando su criterio por abajo del que injuria o ofende, mucho habría también que temer por el éxito de la doctrina que V. sostiene, y de que he sido siempre partidario. Pero, como V., estoy lejos de asignar tan pobre rol al espíritu público.

En nuestro país, algún antecedente histórico, que V. bien conoce, podría servir de principio de prueba; o a lo menos, constataría un anhelo progresista, en sentido de las mejores prácticas liberales.

Y ese antecedente, es el de aquel caudillo que se había connaturalizado sin mayor quebranto con la licencia, hasta el extremo de no darse él mismo una idea clara del orden, cuya índole genial acentuada por el hábito de imponerse, contrastaba con los principios de que hacía gala en sus documentos oficiales, —y que decretó un día la irresponsabilidad de la prensa en lo que se refería a sus actos de gobernante.

Fuó aquella una inspiración inusitada en potencia cerebral como la del Presidente Rivera, y no se concibiría el hecho de una manera racional, buscando causas determinales, si junto al régulo lleno de méritos relativos, pero también de defectos y veleidades, no se dibujase la silueta de un hombre de estado, a cuya sagacidad o sentido previsor debió tal vez esa ocurrencia *felix*, para tiempos en que la hoja periódica no tenía en su difusión el vuelo de la golondrina.

De todos modos, juzgado o no el gobernante *in animo et factis*, con el criticismo filosófico del Dr. López, ahí está el decreto, y él tuvo el honor de firmarlo. Parece que en aquella época se creía ya que la opinión *discernía*, lo que era un progreso.

Nosotros debemos persistir, ahora con mayor razón, con esa creencia, a pesar de las vicisitudes y de las aberraciones de los tiempos.

La bella teoría que V. sostiene, defendida antes de ahora por un talento robusto en nuestro país, llegará a ser una verdad práctica y un beneficio positivo, en días más venturosos.

Los desahogos injustos de la prensa, como usted lo ha manifestado con toda concisión y elocuencia, pueden hacer impresión mientras dure la hora de lucha en que se producen; pero extinguida la última palpación del debate, ya han sido juzgados y medidos por todos aquellos cuya opinión sensata y reparadora interesaba a los contendientes. La

opinion restaña y cura las heridas, à la par que condena con rigor. Vano el esfuerzo del escritor que dia à dia humedece su pluma en materia corrosiva, si ese esfuerzo ha de llevar el sello de su carácter irascible y de sus flaquezas criminales. El juicio de los demás està allí para formular una sentencia que nadie revoca, porque ante nadie se puede apelar. De tal modo los escesos escollan sencillamente en una fuerza invisible pero poderosa, que no puede destruirse nunca à si misma, porque no fluye de individualidades aisladas y si del conjunto social que ante todo cede al principio de propia conservacion. Y ha sido tal la influencia ejercida por la censura pública contra el abuso de la propaganda en los espíritus sinceros, que alguna vez se ha teñido en sangre el mismo baño en que apóstoles impuros trataban de atenuar la profunda irritacion de sus negros humores: medio reprobado, solo digno de los gobiernos despóticos, para quienes el derecho absoluto en la emision de las ideas, — trae aparejado un remordimiento permanente, ò por lo ménos una protesta ardiente y acusadora.

La aplicacion, pues, de una pena legal importa en abusos de imprenta un castigo ménos severo y eficaz que el fallo pronunciado por la conciencia pública. Un concepto depresivo emanado de esta fuente sella el labio de cualquier Castañeda de nuestra época, y en lugar de convertirlo en victima de odiosas arbitrariedades, simpática siempre à los que se consideran en el deber de apoyar al débil, lo coloca en el caso ineludible de confesar sus errores y de evitar la reincidencia.

No es esto negar que desde los tiempos de la sátira dialogada, que inmolaba, segun se ha dicho, à las personas sin ningun pador à la risa pública, hasta los tiempos que alcanzamos, la palabra no haya motivado múltiples y dramáticos sucesos, en cierto modo propicios al criterio que la persigue y castiga. Y al respecto podriase decir que de un fondo de frias perversidades subió una vez al labio maldiciente la acusacion contra el filósofo, en forma de epigrama, y que un poco de baba aristofénica caída en una copa, convirtiòse en cicuta; así como siglos despues, ese mismo fondo de perversion que hizo temible al «bufon hasta la puerilidad», — calificativo aplicado por Plutarco al primer histrion que hizo reir de veras al público, — inspirò à Desmoulin para señalar à la saña de sus enemigos, las cabezas pensadoras que abortaban ideas envueltas en claridad de porvenir. — Y para ejemplos, bastan.

Esto prueba simplemente que el escritor no puede desprenderse de los defectos propios de la naturaleza humana, ni la ley prevenir los efectos, no calculados muchas veces, de una propaganda ardiente, que adquiere mayor intensidad y mayor fuerza à medida que los obstáculos la irritan y acrecen, y que únicamente es dado reprimir ò anular à la opinion para quien se inculca, cediendo ò denegando à sus intérpretes el poderoso apoyo que constituye toda su fuerza y su prestigio.

Y me detengo aquí, porque es ya tiempo de que concluya. No sè si he abusado de su bondad; pero en todo caso sirvanme de disculpa las consideraciones precedentes, si usted crée que ellas corroboran en algo la hermosa teoria que usted ha planteado y defendido con elevacion y talento.

Quèda de usted siempre afectisimo amigo

*Eduardo Acevedo Diaz.*

Dolores, Setiembre 28 de 1883.

## En el álbum de una amiga

FÁCIL conceda à la amistad mi musa,  
Lo tantas veces al amor negado,  
Fecunda inspiracion! Ceda à tus ruegos,  
Y osado intente el pensamiento mio,  
*El ritmo vago y como el aire libre*  
Encadenar en la medida estrofa,  
Que ~~del~~ el sentir concentra,  
Lo más alto y poetico... La fama

Ya tu hermosura y tu valer pregona  
De aqueste libro en las escritas hojas  
Que el entusiasmo ò la pasion dictara...  
Si fuera dado que mi tierno afecto,  
Casto y sencillo como el alma tuya,  
Mi mente enardeciera y levantase,  
À conceptos de altísimo sentido,  
Ni tu semblante de correctas líneas,  
De corte griego y de color mármóreo;  
Ni de tus ojos el mirar intenso;  
Ni de tu voz el modulante acento;  
Ni tu figura de esbeltez suprema,  
Fueran objeto del ardiente canto  
Que alzara en tu loor. Quede al amante,  
Tus gracias celebrar: terrenas galás,  
Que el tiempo borra y la memoria olvida!  
Quede al amigo revelar los dones,  
De mas alta y recóndita belleza  
Y à vulgares espíritus negado  
Su esencia descubrir!.....Secreto impulso,  
Mueve à las almas, en tendencia afines,  
À confundirse en entrañable afecto;  
El mismo sello sus blasones timbra,  
Y à sus mismos dolores y alegrías,  
Eco y repercusion hallan constantes,  
¿Y quien pudiera, con más noble anhelo,  
Osar el velo descorrer, que cubre,  
Los arcanos tesoros de tu alma;  
Que el alma mia, que en tu ser viviera,  
De invariable amistad presa en los lazos?

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

Setiembre 1883.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 14

### PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas

Negras

T 2 D

P toma T (jaque)

R toma C

Cualquiera.

C 2 AD ò 5 D (mate)

1.º Variante

T 2 D

C 7 AR

C 2 AD (jaque)

R 6 AR

T toma C (mate)

Eduardin nos ha hecho saber que el y Sphinx, que aparece como autor de ese problema, son una misma persona. — El Duende y Artemus enviaron la solución exacta.

### CHARADAS

Cataluña.

Fue resuelta por Una Floridense, y Boracaburuyú.

### FUGA DE VOCALES

*Dios dijo al ave de los bosques: cantal  
Al rubio incienso del altar: perjural*

*A la estrella; las nubes abrillanta!  
Al sol: irradia en la azulada bruma!*

**FUGA DE CONSONANTES**

*Al ambiente suspiral al rio encanta  
Con tu belleza de argentada espuma!  
Y a ti mujer para el amor nacida,  
Te ha dicho acaso Dios: ¿ama y olvida?*

La fuga de vocales fué descifrada por Superintendente y Una Floridense.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

2°. Urgencia—3°. Palacio—4°. Juanita.

La primera palabra descompuesta se publicó equivocada, razón por lo cual no tiene solución.

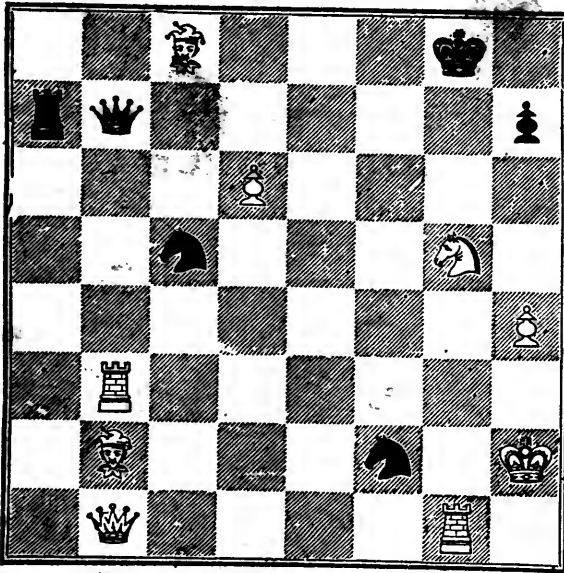
Una Floridense remitió la solución de las dos últimas.

**GEROGLÍFICO N. 14**

*Cifrar toda esperanza en la fortuna no es de las almas grandes.*

Fuè descifrada por O. S., Gedeon, y Boracaburuyú.

**Problema de Ajedrez por X. X. X.  
NEGRAS**



**BLANCAS**

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

**CHARADAS**

Ella al *prima* que él lloraba  
Como un mi *dos* repetida  
Le dió por fin, conmovida,  
La *tercera* que esperaba.

Valiéndose de ese modo  
Que en *prima cuarta* es bien feo,  
Vió cumplido su deseo,  
Pero no debido al *todo*.

**OTRA**

No hay nada mas *dos y terciá*  
Que un *primera* repetida  
Y mil veces prefiriera  
Vivir en perpétuo *todo*  
Que en su ingrata compañía.

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

GRUFOLIE—RIMPLATAN—FLAPRITA—BRÁBIREA

**SALTO DE CABALLO**

mu	lo	ta,	ce	de	y	es	te
ni	tón	llos	co	Es	yo	ba	tas
res	mur	pis	Que	ins	di	di	ta
En	fi	pt	die	su	pa	no	sos,
de	Pu	me	te	ta	ra	ben	je
in	crear,	mes	rar 64	sion	ra	Y	de
de	Si	gua	de,	ree,	per	un	Cuán
ge	cuán	flo	fu	len.	gran	Y	de

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

**GEROGLÍFICO NÚMERO 15**



TA SUU



TA